

sin corrientes de oro, sin los alientos de agonía llegados de la campiña. Guardaba un silencio solemne. Sola, un hálito de misericordia parecía llenarla.

Arrodillado ante el gran Cristo de cartón pintado, llorando lágrimas que corrían por sus mejillas como otras tantas alegrías, el sacerdote murmuraba:

—Oh, Dios mío, no es cierto que carezcáis de piedad. Siéntolo en mí mismo, me habéis perdonado. Lo siento en vuestra gracia, que, desde hace horas, desciende en mí, gota a gota, trayéndome la salvación por modo lento y seguro... ¡Oh, mi Dios! en el momento en que os abandonaba, era cuando me protegíais con eficacia mayor. Os ocultábais de mí para mejor apartarme del mal. Dejábais que mi carne anduviere adelante, a fin de que tropezase contra su impotencia... Y ahora, ¡oh, Dios mío! veo que para siempre me habíais marcado con vuestro sello terrible, lleno de delicias, que pone a un hombre apartado de los hombres, y cuya huella es tan imborrable, que reaparece, tarde o temprano, hasta sobre los miembros culpables. Habéisme quebrantado en el pecado y en la tentación, me habéis exterminado con vuestra llama; habéis querido que ya no hubiese sino ruinas en mí, para descender con seguridad. Soy una casa vacía, en donde podéis habitar... ¡Bendito seáis, oh, mi Dios!

Se prosternaba y balbuceaba en el polvo. La iglesia salía victoriosa; permanecía en pie, por encima de la cabeza del sacerdote, con sus altares, su confesionario, su púlpito, sus cruces, sus imágenes santas. El mundo no existía ya. La tentación se había extinguido, como incendio en adelante inútil para la purificación de la carne. Entraba en la sobrehumana paz. Lanzaba este supremo grito:

—Fuera de la vida, fuera de las criaturas, fuera de todo, soy vuestro ¡oh, Señor! vuestro sólo, por toda una eternidad!

## XIV

En aquella hora, Albina en el Paradou, rodaba todavía, arrastrando la muda agonía de la fiera herida. No lloraba ya; su rostro aparecía blanco y con la frente cruzada con una gran arruga. ¿Por qué padecía toda aquella muerte? ¿De qué falta resultaba culpable, porque, de repente, el jardín no le mantuviese las promesas que le tenía hechas desde la infancia? Y se interrogaba, yendo hacia adelante, sin fijarse en las avenidas en que la sombra se deslizaba poco a poco. Ella, sin embargo, había obedecido siempre a los árboles. No guardaba memoria de haber machacado una flor. Siempre había permanecido siendo la niña mimada de los verdores, escuchándolos sumisa, abandonándose a ellos, rebosante de fe en las bienandanzas que le reservaban. Cuando, en el último día, el Paradou le había gritado que se tendiese bajo el árbol gigante, habíase acostado, había abierto los brazos, repitiendo la lección inspirada por las hierbas. Entonces, si nada encontraba que reprochase, el jardín era quien la traicionaba, que la martirizaba, por el solo placer de verla sufrir.

Detúvose y miró a su alrededor. Las grandes y sombrías masas de los follajes guardaban recogido silencio; los senderos, a cuyos lados se alzaban paredes sombrías, convertíanse en tenebrosos callejones sin salida; los dilatados campos cubiertos de

musgo, dormían a lo lejos los vientos que los desfloraban. Y le tendió las manos con desesperación, lanzando un grito de protesta.

Tres veces rogó con viva instancia al Paradou que contestase, sin que le llegase la menor explicación de las altas ramas, sin que una sola hoja le mostrase compasión. Después, cuando volvió a emprender su camino, sintióse andar en la fatalidad del invierno. Ahora que ya no interrogaba a la tierra como criatura rebelde, llegaba a sus oídos una profunda voz a ras del suelo, la voz de despedida de las plantas, que se deseaban una muerte feliz. Haber bebido el sol de toda una estación, haber vivido siempre entre flores, haberse exhalado en un continuo perfume, e irse después al primer tormento, con la esperanza de descansar en alguna parte, ¿no era una vida bastante larga, una vida bien empleada, que menoscabaría una obstinación por querer vivir un más? ¡Oh! ¡Cuán bien debería una de hallarse muerta, teniendo ante sí una noche sin término, para pensar en la efímera jornada vivida, para fijar en la eternidad los goces fugitivos!

Detúvose nuevamente, mas no volvió a protestar, en medio del gran recogimiento del Paradou. Entonces creía comprender. A no dudar, el jardín le preparaba la muerte como un goce supremo. Era a la muerte a donde la había conducido de tan tierna manera. Tras del amor no existía sino la muerte. Y nunca el jardín la había amado tanto; habíase mostrado ingrata al acusarle, pues continuaba siendo siempre la más predilecta de sus hijas. Las silenciosas hojarascas, los senderos obstruidos de tinieblas, las praderas en que el viento se adormecía, no se callaban sino para invitarla a la alegría de un largo silencio. Queríanla con ellos, en el reposo del frío; soñaban con llevársela entre sus hojas secas, con los ojos helados como el agua de los manantiales, rígidos los miembros como las desnudas ramas, durmiendo la sangre el sueño de

la savia. Viviría su existencia hasta el final, hasta su muerte. Tal vez habrían ya resuelto que a la estación venidera sería un rosal del jardín, un rubio sauce de las praderas, o un joven abedul de la selva. Era grande ley de la vida: iba a morir.

Entonces, por la postrera vez, reanudó su marcha a través del jardín, en busca de la muerte. ¿Qué olorosa planta necesitaba sus cabellos para aumentar el aroma de sus hojas? ¿Qué flor le pedía el dón de su cutis de raso, la blancura inmaculada de sus brazos, el tierno barniz de su seno? ¿A qué enfermo arbusto debería ofrecer su sangre juvenil?

Habría querido ser útil a las hierbas que vegetaban al borde de las avenidas, matarse allí, para que una planta naciese de ella, soberbia, exuberante, llena de pájaros en Mayo y acariciada ardentemente por el sol. Pero el Paradou permaneció muerto por mucho tiempo aún, no determinándose a confiarle en qué postrero beso se la llevaría. Hubo de volver a recorrerlo todo, volver a emprender la peregrinación de sus paseos. La noche había sobrevenido casi por completo, y parecía que poco a poco iba penetrando en la tierra. Subió a las grandes rocas para interrogarlas, para preguntarles, si era en sus lechos de guijarros en donde debía de espirar. Atravesó la selva, esperando, con anhelo que retardaba su marcha, que alguna encina se desplomase y la envolviese en la majestad de su caída. Costeó todos los arroyos de las praderas, inclinándose casi a cada paso, mirando si en el fondo de las aguas no le estaría algún lecho preparado, entre los nenúfares. En parte alguna la muerte la llamaba, no le tendía sus frescos brazos. Con todo eso, no se equivocaba. Era el Paradou quien iba a enseñarle a morir, como le había enseñado a amar. Volvió a recorrer los matos, más ahincadamente que en las templadas mañanas en que buscaba el amor. Y, de repente, en el instante en que llegaba al jardín, sorprendió

la muerte, en los perfumes de la noche: echó a correr y le acometió una risa de voluptuosidad. Debía de morir con las flores.

Primeró corrió al bosque de rosas. Allí, en la postrera claridad del crepúsculo, fué registrando los macizos y cogió todas las rosas que languidecían a la aproximación del invierno. Cogíalas en el suelo, sin percatarse de las espinas; cogíalas a su frente, con ambas manos; cogíalas de sobre su cabeza, poniéndose de puntillas, doblegando los arbustos. Impulsábala tal prisa, que hasta desgajaba las ramas, ella, que respetaba tanto las menores briznas de hierba. Pronto tuvo los brazos llenos de rosas, un fardo de rosas, bajo el cual se tambaleaba. Por último entró en el pabellón, habiendo despojado el bosque, llevándose hasta los pétalos caídos; y así que hubo dejado caer su carga de rosas sobre el pavimento de la habitación del techo azul, volvió a bajar al jardín.

Entonces fué en busca de violetas. Hacía enormes ramilletes, que apretaba uno tras otro contra su penacho. En seguida buscó claveles rojos, semejantes a jarros de sangre. Y buscó además cuarentenas, dondiegos de noche, heliotropos, lirios; tomaba a puñados los últimos tallos floridos de las cuarentenas, cuyas tiras de encaje de raso rozaba sin piedad; devastaba las canastas de maravillas, apenas abiertas al aire de la noche; segaba el campo de los heliotropos recogiendo a montones su cosecha de flores; poníase bajo el brazo atados de azucenas, como atados de cañas. Cuando estuvo de nuevo cargada, subió al pabellón, a echar, al lado de las rosas, las violetas, los claveles, las cuarentenas, las maravillas de noche, los heliotropos, las azucenas. Y, sin cobrar aliento, volvió a bajar.

Esta vez se dirigió a aquel rincón melancólico que era como el cementerio del jardín. Un ardoroso otoño había producido una nueva florecencia primaveral. Encarnizóse sobre todo en los acirates de tuberosas y de jacintos, arrodillada en mitad de las

hierbas, recogiendo su cosecha con precauciones de avaro. Las tuberosas parecían para ella flores preciosas que habían de destilar gota a gota oro, riquezas, bienes extraordinarios. Los jacintos, aliofarados con sus floridos granos, parecían como collares, cada una de cuyas perlas iba a verter sobre ella delicias ignoradas para los hombres. Y, aunque desapareciese en las brazadas de jacintos y de tuberosas que había cortado, asoló más allá un campo de adormideras, y halló todavía medio de arrasar un cuadro de caléndulas. Encima de las tuberosas y de los jacintos, las caléndulas y las adormideras, se amontonaron. Fué volando a desprenderse de todo a la habitación del techo azul, teniendo cuidado de que el viento no le arrebatase ni un pistilo. Volvió a bajar.

¿Qué era lo que ahora iba a coger? Ya había segado el jardín entero. Cuando se ponía de puntillas, ya no veía, bajo la sombra gris aún, sino el jardín muerto, despojado ya de las tiernas miradas de sus rosas de la colorada risa de sus claveles, de las perfumadas cabelleras de sus heliotropos. Sin embargo, no podía volver a subir con los brazos vacíos. Y la emprendió con las hierbas, con los verdes; arrastróse, con el pecho contra el suelo, tratando, en un supremo abrazo de pasión, de llevarse la tierra misma.

Llegó por último la siega de las plantas odoríferas, los torongiles, las mentas, las verbenas, de que se llenó el delantal. Encontró un arriate de bálsamo, del que ni tan sólo dejó una hoja. Hasta llegó a coger dos grandes plantas de hinojo, que se echó al hombro, a guisa de árboles. A haber podido, habría arramblado, tras ella entre sus apretados dientes, con toda la verde alfombra del jardín. Después, en el umbral del pabellón, volvióse y lanzó una última mirada al Paradou. La obscuridad era intensa; la noche, cerrada por completo, habíale echado un manto negro sobre la faz. Y subió para no bajar más.

Pronto la gran habitación quedó engalanada. Había puesto una lámpara encendida sobre la consola. Escogía las flores amontonadas en el suelo y hacía de ellas grandes ramilletes que distribuía por todos los rincones. En primer lugar, tras de la lámpara sobre la consola, puso las azucenas, delicado encaje que atenuaba la claridad con su blanca pureza. En seguida puso puñados de claveles y de cuarentenas sobre el viejo canapé, cuya pintada tela estaba ya sembrada de ramilletes rojos, marchitos hacía ya cien años; y la tela desaparecía, y el canapé extendía contra la pared un macizo de cuarentenas, erizado de claveles. Después colocó los cuatro sillones delante de la alcoba; llenó el primero de caléndulas, el segundo de amapolas, el tercero de maravillas, y el cuarto de heliotropos; los sillones, así inundados, no dejando ver sino trozos de sus brazos, parecían linderos de flores. Por último pensó en la cama. Acercó a la cabecera una mesita, en la que puso un enorme montón de violetas. Y a grandes brazadas, cubrió enteramente el lecho con todos los jacintos y todas las tuberosas que había subido; tan cuajado quedaba de flores, que desbordaban por delante, por los pies, por la cabeza, el pasillo junto a la pared, desprendiéndose por todos lados regueros de flores. El lecho no era ya sino una gran florescencia. Entretanto las rosas no habían tenido colocación; echólas al azar, unos puñados en cada parte; no miraba siquiera a donde caían; la consola, el canapé, los sillones, todos recibieron; un rincón del lecho quedó inundado. Durante unos minutos llovieron rosas en grandes copos, un chaparrón de flores pesadas como gotas de tempestad que formaban lágrimas en los resquicios del pavimento. Mas como el montón apenas disminuía, acabó por tejer guirnaldas que colgó a las paredes. Los Amorcillos de yeso que diableaban en el techo de la alcoba, tuvieron guirnaldas de rosas prendidas al cuello, en los brazos y en torno a la cintura; sus desnudos vientres, sus desnudos

traseros quedaron todos cubiertos de rosas. El techo azul, los ovalados testers encuadrados con lazos color de carne, las pinturas eróticas carcomidas por el tiempo se encontraron revestidos con mantos de rosas, con tapicerías de rosas. La gran habitación quedó engalanada. Ahora podía morir allí.

Por un instante permaneció en pie, mirando a su alrededor. Pensaba, investigaba si la muerte se encontraba allí. Y recogió las plantas odoríferas, los torongiles, las mentas, las verbenas, los sándalos, los hinojos; retorciólos, los dobló y construyó con ellos tapones, con ayuda de los cuales fué a obstruir las más pequeñas rendijas de la puerta y de las ventanas. Acto seguido, corrió las cortinas de indiana blanca, cosidas a grandes puntadas. Y muda, sin exhalar un suspiro, tendióse en el lecho, sobre la florescencia de los jacintos y de las tuberosas.

Aquello fué una postrera voluptuosidad. Con los ojos del todo abiertos, sonreía a la habitación. ¡Cuánto había amado en aquella estancia! y ¡cuán dichosa moría allí! En aquella hora nada de impuro llegaba ya de los Amorcillos de yeso, nada de perturbador descendía de las pinturas, en que los miembros de mujer se revolcaban. Bajo el lecho azul tan sólo quedaba el sofocante perfume de las flores. Y parecía que aquel perfume no fuese otra cosa que el aroma del antiguo amor de que siempre había quedado tibia la alcoba, una fragancia extendida, centuplicada y tan penetrante, que respiraba la asfixia. Tal vez era el aliento de la dama muerta allí, un siglo hacía. Albina se sentía arrebatada a su vez en aquel aliento. Sin moverse y juntas las manos sobre el corazón, proseguía sonriendo y aspiraba los aromas que cuchicheaban en su zumbante cabeza. Ejecutábanle una extraña música de perfumes que la adormecían lentamente, con extremada dulzura.

Primero dejóse oír un prelude alegre, infantil:

aquellas manos, que habían retorcido las olorosas verduras, exhalaban la acritud de las hierbas pisoteadas, le contaban sus correrías de muchachuela en medio de las salvajeces del Paradou. En seguida dejábase oír una melodía de flauta, pequeñas y dulcísimas notas que se desgranaban del montón de violetas sobre la mesa, junto a la cabecera de la cama y aquella flauta, bordando su melodía sobre el tranquilo aliento, acompañamiento regular de las azucenas de la consola, entonaba los primeros encantos de su amor, la confesión primera, el primer beso bajo la arboleda. Pero la respiración le faltaba más y más, la pasión llegaba hasta el brusco estallido de los claveles, cuyo penetrante olor dominaba por un instante todos los demás. Creía que iba a agonizar en la enfermiza frase de las maravillas y de las amapolas, que le recordaban los tormentos de sus deseos. Y, de súbito, todo se aquietaba, respiraba más libremente, deslizábase a una dulzura mayor, mecida por una descendente escala de las cuarentenas, retardándose, anegándose, hasta llegar a un adorable cántico de los heliotropos, cuyos efluvios de vainilla anunciaban la proximidad de las bodas. Las maravillas punteaban aquí y allá un trino discreto. Vino después un silencio. Las rosas, languidecientes, hicieron su entrada. Del techo surgieron voces, un coro lejano. Era un amplio conjunto, que Albina oyó al principio con ligero escalofrío. El coro se hinchó, y pronto se sintió vibrante con las prodigiosas sonoridades que estallaban en torno suyo. Las nupcias habían llegado, las tocatas de las rosas anunciaban el terrible momento. Y Albina, con las manos cada vez más apretadas contra el corazón, desfallecida, moribunda, jadeaba. Abría la boca, como buscando el beso que le debía ahogar, cuando los jacintos y las tuberosas despidieron humo, envolviéronla en un postrer suspiro, tan profundo, que apagó el coro de las rosas.

Albina quedaba muerta en el hipo supremo de las flores.

## XV

Al día siguiente, hacia las tres, la Teuse y el Hermano Archangias, que hablaban en la escalinata del presbiterio, vieron el cabriolé del doctor Pascual atravesar el pueblo a todo galope de su caballo; de la capota baja salían violentos latigazos.

—¿A dónde corre de este modo?—murmuró la vieja sirviente.—Va a estrellarse los sesos.

El cabriolé había llegado a la parte baja de la colina, sobre la cual estaba edificada la iglesia. De repente, el caballo se encabritó y se detuvo, la cabeza del doctor, blanca y alborotada, se dejó ver bajo la capota.

—¿Está Sergio ahí?—gritó con voz furiosa.

La Teuse se había adelantado hasta el borde de la colina.

—El señor cura está en su cuarto—contestó.—Deberá de estar leyendo el breviario... ¿Tiene usted algo que decirle? ¿Quiere usted que le llame?

El tío Pascual, cuyo rostro parecía desconcertado, hizo un ademán terrible con la mano derecha, que sostenía el látigo. Y repuso, inclinándose más aún, con riesgo de venirse al suelo.

—¡Ah, lee el breviario!... No, no le llame usted. Le estrangularía, y es inútil... Tengo que decirle que Albina ha muerto, ¿oye usted? ¡Dígale usted de parte mía que ha muerto!

Y desapareció, soltando al caballo tan fuerte la-

tigazo, que el animal se desbocó. Pero veinte pasos más allá, le contuvo de nuevo, sacó otra vez la cabeza, y gritó más fuerte aún:

—¡Dígale usted también de parte mía que estaba en cinta! Esto le causará un gran placer.

El cabriolé volvió a emprender su loca carrera. Subía con peligrosos tumbos el pedregoso camino de las cuestas que dirigían al Paradou. La Teuse se había quedado sofocada y como quien ve visiones. El Hermano Archangias se chungaba, fijando en ella unos ojos en que ardía una alegría feroz. Y la Teuse le empujó, y en un tris estuvo que no le hiciese rodar por los peldaños de la escalinata.

—Váyase usted—tartamudeaba, enfurruscándose a su vez y aligerándose de un peso.—¡Acabaré por detestarle a usted!... ¿Es posible solazarse con la muerte de las personas? Por mi parte la muchacha no era santo de mi devoción. Pero cuando se muere a su edad, no es cosa divertida... ¡Lárguese usted y no se ría de ese modo, o le arrojo las tijeras a la cara.

Tan sólo allá a la una, un campesino, que había ido a Plassans a vender hortalizas, había participado al doctor Pascual la muerte de Albina, añadiendo que Jeanbernat le quería ver. Ahora el doctor sentíase un tanto aliviado por el grito que acababa de lanzar, al pasar por delante de la iglesia. Habíase apartado del camino, a fin de darse aquella satisfacción. Reprochábase aquella muerte como un crimen, en el cual había tomado parte. Durante todo el camino no había cesado de abrumarse de injurias, enjugándose los ojos para ver claro al guiar el caballo y lanzando el cabriolé sobre los montones de piedras, con el sordo deseo de volcar y romperse algún miembro. Cuando se hubo internado en el hondo camino que bordeaba la interminable pared del parque, acudióle una esperanza. Tal vez lo de Albina no sería más que un síncope. El labriego le había referido que se había asfixiado con flores.

—¡Ah! ¡Si llegase a tiempo, si pudiese salvarla! Y fustigaba ferozmente al caballo, como si a sí mismo se fustigase.

El día era espléndido. Al igual que en los hermosos días de Mayo, el pabellón le parecía bañado todo de sol. Pero la hiedra que subía hasta el techo, ofrecía hojas manchadas de herrumbre, y las abejas no zumbaban ya en torno a los alelíes crecidos entre las hendiduras. Ató más que de prisa el caballo y empujó la barrera del jardinillo. Reinaba siempre aquel gran silencio en que Jeanbernat se fumaba su pipa; sólo que el viejo no estaba allí, en su banco, ante sus hortalizas.

—¡Jeanbernat!—llamó el doctor.

Nadie contestó. Entonces, al entrar en el vestíbulo vió una cosa en que no había reparado jamás. En el fondo del corredor, bajo la negra caja de la escalera, abríase una puerta que daba paso al Paradou; el inmenso jardín, bajo el pálido cielo arrastraba sus amarillentas hojas y extendía su melancolía de otoño. Atravesó el umbral de aquella puerta y dió algunos pasos sobre la húmeda hierba.

—¡Ah! ¿Es usted, doctor?—dijo la tranquila voz de Jeanbernat.

El viejo, a grandes azadonazos, cavaba un hoyo al pie de un moral. Había enderezado su aventajada estatura, al oír los pasos. Luego reanudó su tarea, levantando con sólo un esfuerzo un gran terrón de tierra grasa.

—¿Qué es lo que está usted haciendo?—le preguntó el doctor Pascual.

Jeanbernat se enderezó otra vez, y se enjugó el sudor de la frente con la manga de la blusa.

—Hago un hoyo—contestó con sencillez.—Tuvo siempre gran amor al jardín, y estará aquí muy bien para dormir.

El doctor sintió que la emoción le oprimía la garganta. Permaneció un instante al borde de la fosa, sin poder hablar. Y miraba a Jeanbernat dar sus fuertes azadonazos.

—¿En dónde está?—dijo por último.

—Allá arriba, en su habitación. La he dejado en la cama. Quiero que usted le examine el corazón antes de echarla aquí dentro... Por mi parte, yo he escuchado, pero nada he oído.

El doctor subió. La habitación no había sufrido alteración alguna. Tan sólo una ventana había sido abierta. Las flores, marchitas, ahogadas en su propio perfume, no exhalaban ya sino el insípido aroma de su carne muerta. En el fondo de la alcoba, sin embargo, quedaba un calor de asfixia, que parecía extenderse en la habitación y escaparse en hilillos de humo. Albina, en extremo blanca, con las manos sobre el corazón, dormía sonriente, en medio de su lecho de jacintos y de tuberosas. Estaba bien muerta y debería de sentirse feliz. De pie, ante el lecho, el doctor la contempló por largo espacio, con la fijeza de los sabios que intentan resurrecciones. Después ni siquiera quiso separarle las manos; besóla en la frente, en aquel sitio que su maternidad había ya manchado con ligera sombra. Abajo, en el jardín, la azada de Jeanbernat continuaba hundiendo sus golpes sordos y regulares.

No obstante, al cabo de un cuarto de hora, el anciano subió. Había dado fin a su tarea. Encontró al doctor sentado delante del lecho, por tal modo concentrado en sus meditaciones, que parecía no sentir las lágrimas que, una a una, corrían por sus mejillas. Los dos hombres tan sólo cambiaron una mirada. Luego, tras un silencio:

—Yo tenía razón—dijo lentamente Jeanbernat, repitiendo su expresivo gesto,—no hay nada, nada, nada... Todo eso no es más que farsa.

Permanecía en pie, recogía las rosas caídas del lecho y las echaba una a una sobre las faldas de Albina.

—Las flores viven tan sólo un día—prosiguió diciendo;—mientras que las malas ortigas como yo, corroen las piedras en donde nacen... Ahora, bue-

nas noches, ya puedo reventar. Se me ha birlado mi último rincón de sol. Todo es una farsa.

Y se sentó a su vez. No lloraba; sentía la rígida desesperación de un autómatas, cuyo mecanismo se descompone. Maquinalmente extendió la mano y tomó un libro de la mesita cuajada de violetas. Era uno de los libracos del desván, un volumen desaparecido de Holbach, que leía desde por la mañana, velando el cuerpo de Albina. Como el doctor continuaba sin hablar palabra, anonadado como se sentía, púsose a volver las hojas; mas una idea le asaltó de repente.

—Si usted me ayudase—dijo al doctor,—la bajaríamos entre los dos y la enterraríamos con todas estas flores.

El doctor Pascual sintió un escalofrío. Dióle a entender que no estaba permitido guardar así a los muertos.

—¡Cómo! ¡No está permitido!—exclamó el viejo.—Pues bien, yo me lo permitiré... ¿Acaso no es mía? ¿Por ventura cree usted que me la voy a dejar quitar por los curas? Que lo prueben, si quieren ser recibidos a escopetazos.

Habíase levantado y blandía furiosamente el libro. El doctor le cogió las manos, las estrechó en las suyas y le rogó que se calmara. Durante un buen rato, siguió hablando, diciendo cuanto le venía a la boca; se acusaba, dejaba escapar retazos de confesiones y volvía a hablar vagamente de los que habían matado a Albina.

—Atienda usted—dijo por último el doctor,—ya no le pertenece a usted y hay que devolvérsela.

Pero Jeanbernat movía la cabeza y se negaba con el gesto. Sentíase vacilar, sin embargo, y acabó por decir:

—Está bien. Que la tomen y que les haga astillas los brazos. Querría que saliese de la tierra de ellos, para matarlos a todos de miedo... Por lo demás tengo un asunto que ventilar allá abajo... Mañana iré... Adiós, doctor. El hoyo será para mí.